

# I

**L**a tarde lentamente se iba con sus manos invisibles y sus pájaros lejanos; algunos se acercaban, procedentes del viento, hasta el lugar donde los chiquillos se entretenían en darles pequeñas migas de pan arrancadas de sus bocadillos.

Esa misma tarde, con su puesta de sol, hacía millones de años que se repetía. Más allá del paseo estaban las calles inmensas, los coches, las motos y la gente que andaba de un lugar a otro.

¡El periódico, llévense el periódico!

Era casi morena, de pelo entre negro claro y rubio oscuro, sus ojos eran verdes y bastante grandes, cara agradable, no muy alta, y de edad... quizá veinte años.

Iba vestida con ropas pobres y sin embargo elegantes: una falda azul, cubierta en parte con una americana beige, medias también azules y zapatos negros. De ella decían que se llamaba Luna; al menos sonreía y contestaba al oír ese nombre.

Todos los días estaba en las calles de la ciudad, vendiendo las noticias por poco dinero, y la gente le compraba, quizá por su simpatía o juventud; quizá por su belleza, según decían algunos.

Recordó a su hermana, que tenía nueve años recién cumplidos: «es un cielo», pensó para dentro. La pequeña era

rubia, de ojos azules, también de rostro simpático, sin llegar a ser una belleza. Su cordialidad era la nota mayor. Iba a la escuela, no muy lejos del lugar donde vivían, en un extremo de la ciudad. Se llamaba Estela. A las ocho y media ya estaba preparada para el colegio, cogiendo la mano de su madre hasta la puerta del centro.

Y la madre, ¿cómo era? Pues de unos cuarenta y cinco años, delgada, y debió ser muy guapa. Aún lo era, porque las penas de la vida no conseguían arrancarle del todo su belleza.

Trabajaba en algunas casas haciendo limpieza; por eso, con su pequeño sueldo más el de Luna iban tirando. El padre, obrero, había muerto al poco de nacer Estela, dejando a la familia en una apurada situación. Llegó el invierno, en la región el frío llegaba pronto. Aquel día había nevado mucho, antes de lo habitual, y los árboles quedaron cubiertos. No obstante eran hermosos todos vestidos de blanco, parecidos a estatuas de sal. Luna y Estela habían quedado en ir a ver los cambios que habían sufrido.

Era lunes, el único día en que la muchacha no vendía periódicos, tampoco Estela asistía al colegio, por ser vacaciones de Navidad; así pues tenían todo el día para estar juntas. Las hermanas se tenían un gran cariño y aprovechaban las tardes, cuando Estela salía del colegio y Luna ya estaba libre, para contarse sus cosas, mientras su madre hacía la limpieza en diversas viviendas.

—Luna —comentó la pequeña—, hoy es el primer día que ha nevado tanto. ¿A que es precioso?

La muchacha comento:

—Claro que es muy bonito. Mira, te voy a contar una historia, ¿vale?

—¡Sí! —gritó la pequeña.

Entonces le empezó a narrar cuentos e historias que la llenaban de imaginación.

Fueron a la calle; hacía frío, pero no nevaba ya, y parecía como si unas manos invisibles fueran cambiando el paisaje

hasta dejarlo todo blanco. Eran las manos del viento que se paseaban por el campo y la ciudad, dejando blancos tierra y cielo.

Luna y Estela habían salido de la ciudad, y cogidas de la mano se fueron contando historias.

Luna explicó, sonriendo:

—Mira, Estela, una vez había un bosque todo verde: las hojas, las ramas y hasta los troncos.

—¡Qué chulo! Pero sigue... —exclamó la pequeña.

—Pues bien, es verdad que eran hermosos, pero imagínate siempre con el mismo color... los pobres árboles estaban cansados de ver siempre la misma coloración.

Estela escuchaba embelesada, mientras su hermana seguía:

—Por lo tanto, una noche clara los árboles se pusieron a hablar mucho rato, y acordaron de pedir al sol que una vez al año se nublara para ellos vestirse de blanco.

El sol se quedó pensando, pero al rato contestó:

—De acuerdo, haré que el invierno os cubra con una materia más blanca que la leche. ¿Qué os parece? Los árboles dijeron que sí, porque aquello era la culminación de sus sueños, y desde entonces la nieve les cubre con su manto cada invierno.

Luna acabó dando un cariñoso beso a su hermana.

—¿Te gusta el relato?

Era evidente que le había gustado, solo ella contaba historias tan bellas, y con una gracia tan especial. Estela aplaudió y volvió a cogerse de su hermana.

El día era frío, pero no hacía viento; caminando se encontraba en calor fácilmente. Se encontraron a varias personas conocidas que también hacían fiesta y como ellas habían salido a pasear, llegando más allá de donde terminaba la ciudad.

Las dos llegaron al campo, donde estaban árboles y cielo de un blanco purísimo. Llevaban sendos abrigos (azul Luna y marrón Estela), con unas bufandas rojas. Quien no las conociera pensaría que se trataba de una muchacha y una niña acomodadas... pero la ropa era dada. Eso sí, Luna la arreglaba a su medida hasta que parecía de última moda. Se quedaron en un pequeño restaurante, cerca de la ciudad.

— ¡Un día es un día! ¿No, Estela? dijo, y rio, como hacía casi siempre, con una risa fresca y joven.

— ¡Un día es un día! — repitió la pequeña.

Entraron y se sentaron; era difícil que las encontrarán en un sitio así, sin embargo, pronto sería Navidad. Además Luna tenía unos ahorros, porque la gente solía darle un poco más de lo que costaba el diario. Así que gastaría una pequeña parte, sobre todo porque a Estela le hacía mucha ilusión entrar y pedir cualquier cosa.

— ¡Un día es un día! — repetía la pequeña.

Esto era lo que Luna podía hacer, quizá dos veces al año. Para las vacaciones de verano y las de Navidad, pero no importaba; ella estaba esperando una comida en un restaurante, era el único capricho que Luna tenía.

Pasó el *mâitre* y pidieron la comida, mientras se contaban sus cosas.

— ¡Mamá, hoy hemos comido de restaurante! gritaba Estela loca de contenta, mientras Luna sonreía.

La madre besó a su «preciosa», como la llamaba, y también a la mayor, con ternura.